

VIOLENCIA SIMBÓLICA EN "¿Y PARA CUÁNDO SERÁ?" DE MORAVIA OCHOA Y "CICLO" DE QUETA NAVAGÓMEZ

Dra. Silvia Quezada Camberos
Catedrática de Literatura mexicana siglo XX
Dr. Edgar Leandro Jiménez
Becario Sistema Nacional de Investigadores
Universidad de Guadalajara, México

RESUMEN:

Los cuentos hispanoamericanos "¿Y para cuándo será?" de Moravia Ochoa López y "Ciclo" de Queta Navagómez exponen hábitats cargados de fuerte violencia simbólica. Este artículo analiza, desde una perspectiva de género, la tolerancia sociocultural (andrógina) de distinguir a las mujeres como seres inferiores, y los aspectos de su sumisión son impuestos por la población en general, incluyendo las propias mujeres, designándose los roles de género y de sexo que se han mantenido casi estáticos, tanto en culturas antiguas como en algunas modernas.

ABSTRACT:

The Hispanic-American short stories "And for when will be?" by Moravia Ochoa Lopez and "Cycle" of Queta Navagomez expose laden habitats of symbolic violence. This article analyzes from a gender perspective, socio-cultural tolerance (androgynous) of to distinguish the women as inferior beings, and their submission aspects are imposed by the general population, including women themselves, it has designated roles gender and sex that they have remained almost static, both ancient and some modern cultures.

PALABRAS CLAVE: *narrativa hispanoamericana, dominación, violencia, género, incesto.*

KEYWORDS: *Hispanic-American narrative, domination, violence, gender, incest.*

1.- INTRODUCCIÓN

En este trabajo se elabora un análisis de aquellos elementos histórico-culturales que han estimulado circunstancias de violencia simbólica contra mujeres, desde una perspectiva de género, provocando su menosprecio social en comunidades rurales, tanto de Panamá como de México, en dos cuentos

hispanoamericanos: "¿Y para cuándo será?" de la panameña Moravia Ochoa López y "Ciclo" de la mexicana Queta Navagómez. Las historias abordan la violencia ejercida contra una esposa e hija, y en otro contra una hija. Los protagonistas de dicho ambiente agresivo son los propios padres, quienes exhiben el modelo de "macho" donde el hombre

hace su voluntad sin consentir y darle cuentas a nadie, y menos a las mujeres.

El incesto y la amenaza constante de su rol de género son las acciones de violencia simbólica más agudas en ambas narraciones, aunque lo son también la violencia física y psicológica, las cuales se desarrollan en espacios familiares, es decir, en hogares compartidos por padres e hijas, sitios cuyos sentido primario se constituye por proveer protección a todos los miembros, y no donde se cometan múltiples ataques de los jefes de familia hacia los más débiles.

La violencia simbólica se ejerce casi de manera invisible en los dos cuentos, y también en la vida real de casi todas las sociedades humanas, en comparación con aquella física, pues quienes la generan ponen en marcha mecanismos beligerantes para oprimir y subyugar a los otros, sosteniendo su mordacidad en tradiciones culturales, sociales, económicas, históricas y, sobre todo, morales. El concepto de violencia simbólica en lo habitual refiere, como argumenta la investigadora costarricense Alda Facio:

a la familia patriarcal, la maternidad forzada, la educación androcéntrica, la heterosexualidad obligatoria, las religiones misóginas, la historia robada, el trabajo sexuado, el derecho monosexista, la ciencia ginope, etc..., pero fundamentalmente a los gestos, silencios, miradas, signos, mensajes, que hacen posible que esas instituciones existan porque constituyen y designan en mujeres y varones, desde que nacen, la posición social que ocuparán, el rol de género a

través del cual ejercerán posiciones de poder o de subordinación³⁵⁸.

Las violencias casi imperceptibles son una especie de fuerza que rodea a todos los miembros de una familia, de un grupo y de una sociedad, quienes son inconscientes del dominio que ejecutan unos contra otros. No obstante esto, las mujeres muchas veces son quienes dan anuencia sin comprenderlo a ser violentadas, no todas las veces están conscientes y cuando lo hacen normalmente se ven impedidas por su sexo, género y rol a tratar de cambiar esa situación, pues la mayoría no se conciben a sí mismas como miembros de una colectividad sin un hombre por encima de ellas.

2.- MORAVIA OCHOA LÓPEZ, “¿Y PARA CUÁNDO SERÁ?”

El texto de la escritora panameña aborda la relación incestuosa de un padre con su hija, quedando embazada de esa unión, y quien dará a luz dentro de un ambiente menesteroso. Ella no sabe bien de quién es el producto que espera, o de su novio Juan o de su padre, pero confía en tener un hombre a su lado, cualquiera de los dos, como el progenitor de esa criatura. La naturaleza de la narración describe un contexto rural cargado de penurias, donde habita una muchacha joven y algunos animales de corral, atmósfera donde fue víctima de abusos de dos hombres que se aprovecharon al verla sola tras la muerte de su madre.

³⁵⁸ FACIO, Alda: *El patriarcado y sus instituciones*, Costa Rica, JASS Construir el Poder Colectivo de las Mujeres para la Justicia, 2011, p. 41.

Este escenario es cerrado, un adentro, donde se trastoca ese entorno familiar de seguridad. Para Gaston Bachelard el espacio cerrado simboliza un bienestar, un «espacio feliz, es un espacio-refugio»³⁵⁹, donde se estimula el ensueño y los miembros adquieren seguridad en sí mismos. La atmósfera de una casa, rural o citadina, se cubre de intimidad y eso se compara con el útero materno –espacio de confort nunca recuperado y siempre anhelado–, donde parejas, padres y hermanos se reconocen familia y se forman en unidad.

Ese universo de comodidad, sin embargo, se violenta en la narración cuando se transgreden los sentidos primarios, pues el padre busca a la hija para satisfacer su deseo carnal, siendo esto un acto de violencia simbólica y física que responde a una tradicional cosmovisión del macho que manda y decide. Para Wilmar Peña Collazos (2009) el abuso del poder, cualquiera que éste sea y de quién lo ejerza, impone una legitimación de las relaciones de fuerza y se desarrolla con base en un enfrentamiento efectivo de los miembros respondiendo inconscientemente a las tradiciones y costumbres de una determinada comunidad; la plataforma de dichas relaciones de fuerza se construye con el ejercicio firme de la violencia simbólica.

La protagonista de la narración tuvo miedo al momento de llegar el nacimiento, pues era primeriza. Se sintió

³⁵⁹ BACHELARD, Gaston: *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 2002, p. 35.

sola y llena de culpa, y se preparó diciéndose a sí misma: «después de todo un hijo no es pecado, un hijo lava todo»³⁶⁰. Esta situación se vuelve angustiante por causa que piensa en el pecado, en la mancha de no saber quién es el progenitor de su cría, pero más porque ese hecho no le permitiría estar con un hombre que no fuera de su familia, y sí con su propio padre. La concepción del pecado es otra de las caras de la violencia simbólica arguye Mónica Calderone (2004), porque aprisiona la representación que hacemos del mundo, empaña ese lente del cual nos valemos para interpretarlo, y en la mayoría de los casos no es advertible para los sujetos culturalmente constituidos en una religión, o ligados a una idea de un Dios.

La mujer mientras daba a luz cavilaba en múltiples situaciones donde desempeñó el papel de hembra, y sólo pudo convenir cuando fue poseída por Juan que la deseaba para satisfacerse, y quien la cuestionó acerca de su virginidad y después de quién era el producto que esperaba –a pesar del agravio ella lo llegó a desear–. Otro varón que se sirvió de ella fue su padre, quien la violó repetidas veces, cuyas exigencias requerían de atenciones domésticas como comida, bebidas y sexo.

³⁶⁰ OCHOA LÓPEZ, Moravia: “¿Y para cuándo será?”, en QUEZADA CAMBEROS Silvia y Dalía Peña Trujillo (Compiladoras), en *Narrar a dos Voces. Cuentos panameños y mexicanos*, Guadalajara, México, sin publicar en Editorial. Material de carácter puramente didáctico para la materia Metodología de la Investigación Literaria, calendario 2014 A y B. Licenciatura en Letras Hispánicas, Universidad de Guadalajara, 2014, p. 35.

Para Marta Lamas (2014) la asignación de las tareas hogareñas, y aquéllas dentro de los grupos de referencia en función del rol del sexo, se debe a una:

premisa de [...] acción que [...] introduce el sexismo, o sea, la discriminación en función del sexo mediante el género. Al tomar como punto de referencia la anatomía de mujeres y de hombres, con sus funciones reproductivas evidentemente distintas, cada cultura establece un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que atribuyen características específicas a mujeres y a hombres. Esta construcción simbólica que en las ciencias sociales se denomina género, reglamenta y condiciona la conducta objetiva y subjetiva de las personas. O sea, mediante el proceso de constitución del género, la sociedad fabrica las ideas de lo que deben ser y hacer hombres y las mujeres, de lo que se supone es “propio” de cada sexo. [...] La prolongada situación de marginación de las mujeres, la valoración inferior de los trabajos femeninos, su responsabilidad del trabajo doméstico, [...] la introyección de un modelo único de feminidad y el hecho de que, en muchos casos, ellas mismas no reconozcan su estatuto de víctimas de la discriminación, todo esto requiere una [explicación del porqué] la existencia de la injusticia, su persistencia y la complicidad de

las propias víctimas en su perpetuación³⁶¹.

Para volverse activas en función de sus decisiones, y toma de control de sus propias vidas y circunstancias, las mujeres deberán abandonar esa “cárcel de víctimas” y trasladar sus fortalezas a la búsqueda de equidades de género, pero sin perder de vista que este evento coercitivo intuye un empoderamiento del “ser mujer” en nuestros días, es decir, de tener en cuenta que una mujer no debe otorgarle al dominador ese estatus, y debe ser protegida por el Estado. Cabe explicar que el género implica a ambos sexos, no sólo a las mujeres, porque se caería en un error conceptual y de comprensión del término sólo tener una visión unilateral, no bilateral, pero también la noción de género designa las relaciones sociales entre los sexos.

La joven protagonista se encuentra en el momento preciso del alumbramiento, y durante ese instante vuelve a discurrir que: «un dolor [...] decían limpiaba todos los errores, todas las vergüenzas, todas las afrentas, todos los abusos y sufrimientos»³⁶². La necesidad de los seres humanos por obtener el perdón por medio de un acto de unción ha sido recurrente en múltiples culturas, en especial aquéllas constituidas por ideas espiritual-religiosas donde se deben purgar las culpas.

Cabe aclarar que el ritual religioso del “perdón” incluye costumbres, símbolos,

³⁶¹ LAMAS, Marta: *La perspectiva del género*, México, Grupo de Información en Reproducción Elegida (GIRE), 2014, p. 2.

³⁶² OCHOA LÓPEZ, Moravia: *op. cit.*, p. 36.

sentidos y acciones repetitivas de forma invariable a lo largo del tiempo, y que «de acuerdo a un conjunto de normas ya establecidas por el colectivo, lo simbólico y su significado suelen expresarse en la confesión y el lenguaje repetitivo»³⁶³.

La institución de la unción es regulada por la Iglesia, y se sabe que ha manipulado ésta a los pueblos con la finalidad de obtener obediencia y perpetuidad, tanto de riquezas como de control, sobre las cosas y la gente como le pasó a la joven madre del cuento:

Apretó con sus manos los dos muslos, a lo mejor ya era la hora, había perdido la cuenta, no sabía, «ni siquiera, señor cura, puedo decir de quién es», «bueno hija, hasta cuando lo digas no tendrás la absolución» y ella tuvo días sin ganas de comer, días y noches de pesadilla y quemaduras en el fuego del infierno. No había confesado la culpa, era cierto, y no confesaría, ¿acaso podía?, pero su memoria se encogía de pánico y de pena por el padre ebrio que pudo haberlo hecho, que cuando hacía ganas la buscaba. Por eso no sabía. ¿Y si fuera de Juan? ¿Y si acaso no? Entonces sentía horror, un agua recóndita, un calor adentro que la ahogaba y era como morir. Sintió correr el llanto desde sus ojos. ¿Desde cuándo venía pasando? Ni ella misma lo recordaba, sólo se veía a sí misma cocinando para él, preparando el café de las mañanas y las tardes porque mamá no

estaba y era muerta desde su nacimiento³⁶⁴.

La reproducción de los rituales religiosos alrededor de la unción, de la absolución brinda beneficios de cohesión, perdón y salvación.

No obstante esto de buscar indulgencias, la violencia simbólica impregnada y sufrida por la mujer en los actos realizados exhibe su desvalorización como persona, mujer, madre e hija, tanto de Dios como su padre terrenal. Ella tolera ser la propia madre de su hermano-hijo, admite que su hombre-marido sea su padre, y así estén en casa juntos y pueda ella atenderlos, tanto en lo social como en lo físico. La realidad de hombres y mujeres —en este caso la de la mujer— «está estructurada por sus capacidades de actuar»³⁶⁵ en lo colectivo, las cuales se sujetan a sus roles sexuales no genéricos. Cabe aclarar que el sexo se marca desde el nacimiento en función de los genitales, y el género se adscribe desde lo cultural.

Al final de la historia narrativa la hija ve llegar a la choza al padre anciano que se acercaba, y en medio de los intensos dolores de parto notó que él no había tomado alcohol, se extrañó por eso y aliviada le preguntó si deseaba un café en totuma —especie de vasija llamada así en Colombia, Venezuela y Panamá— acercándose, él no quiso y le preguntó:

³⁶³ VILLORO, Luis: *Sobre la identidad de los pueblos, en Estado plural, pluralidad de culturas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) /Paidós, 1998, p. 68.

³⁶⁴ OCHOA LÓPEZ, Moravia: *op. cit.*, p. 36.

³⁶⁵ PEÑA COLLAZOS, Wilmar: “La violencia simbólica como producción biopolítica del poder, en *Revista Latinoamericana de Bioética*, Vol. 9, núm. 2, julio-diciembre, Colombia, Universidad Militar Nueva Granada, (2009), p. 68.

¿Y pa' cuándo será? –indicando con leve gesto la barriga que ella pretendía esconder bajo la amplia pollera [bata o camiseta]. Así que él lo sabía. La miró nuevamente con un dejo de vergüenza que no pudo ocultar. Antes parecía no verla, no notarla, simulaba, sentía vergüenza, ¡cómo no confesárselo!, aunque ebrio lo olvidaría. Ella devolvió la mirada. Ya tengo los dolores, dijo. –Eso creí... -murmuró él, por todo comentario³⁶⁶.

Los comentarios y actos indiferentes del hombre-padre representan un trance de violencia simbólica, debido a que él sabe del estado de la mujer-hija y aún así parece estar en un lugar de experimentado, de quien todo lo sabe o lo cree. Sin embargo, el hombre siente un dejo de culpa:

¿Sería suyo? ¿Y si Dios lo castigaba? Y si salía manco o jorobado, por el pecado? Acalló todas las culpas, los arrepentimientos, las preguntas, quedó en blanco, caminó de arriba a abajo el pequeño portalito de tierra sembrada con hortaliza que hacía de cerca, y más tarde se volvió para verla y ordenarle casi con cariño: Vamos, hija, acuéstese ya, qué hará falta el descanso para que tengas juerzas [sic]. Estaba empapado de lluvia, en el portal se había pasado muchos minutos cavilando, había llorado antes, antes de volver al rancho. Ahora María era sagrada, ya nunca más la tocaría, nunca más la vería como mujer, nunca más, nunca más bebería ron, nunca más. [...] Sabía que Juan se acostaba con

ella. Ojalá y el muchacho fuera de Juan³⁶⁷.

La muchacha y el hombre con base en esos escasos diálogos tácitamente acordaron que nada sería diferente, su relación quedaría intacta y nunca hablarían del tema, del embarazo y de la paternidad. Para Pierre Bourdieu (2007)³⁶⁸ las palabras y los contratos silenciosos son marcas de control, y quien está en una posición de fuerza y mandato dispondrá los temas, órdenes y mutismos. La mujer-protagonista sintió la venida de su producto, y dócil:

Sudaba, contrajo el ceño en señal de dolor y, acostada, cambió de posición, quedó de espaldas para que él no advirtiera su rabia, su rencor. A pesar de todo, cuando rompió fuente y sintió el agua incontenible, tuvo aliento para llamar: papá, dijo, venga acá³⁶⁹.

Los actos de violencia en estos parajes narrativos tienen referentes en la vida real, histórica y social de aquel país centroamericano, y muestran el universo al cual se exponen las mujeres en comunidades rurales, pero no sólo en lo campestre sino también en lo ciudadano de Panamá, de Latinoamérica sino de muchas parte del mundo. Esto implica reflexionar en el fenómeno de la dominación en las relaciones sociales, con principio de cuentas en el rol de hombres y mujeres en comunidades presentes, pues esa coerción instituida por varones y

³⁶⁷ *Ídem.*

³⁶⁸ BOURDIEU, Pierre y Jean Claude-Passeron: *Fundamento de una teoría de la violencia simbólica*, España, Editorial Popular, 2007.

³⁶⁹ OCHOA LÓPEZ, Moravia: *op. cit.*, p. 37.

³⁶⁶ OCHOA LÓPEZ, Moravia: *op. cit.*, p. 37.

mediada por adhesiones obedientes de las hembras a buscado en el pasado rebasar ámbitos genéricos y empoderarse en fuerzas de no elección consciente de todos los miembros de una colectividad.

3.- QUETA NAVAGÓMEZ, “CICLO”

La lectura del cuento “Ciclo” de la escritora mexicana, Queta Navagómez, puede parecer a simple vista la representación de una circunstancia doméstica frecuente. Margarita, una niña de doce años, es el objeto de deseo de su propio padre, quien convence a la madre biológica para que se la entregue y así dejar de ser mujeriego, y sólo tener relaciones sexuales con ellas dos. La esposa debe salir de casa con la consigna de pasar tiempo alegada del hogar, a su regreso fingirá no darse cuenta de los abusos sexuales de su pareja y padre de la niña, teniendo este acto la finalidad de evitar que él esté en otros lados, además la cónyuge busca con su aceptación no ser lastimada por el marido.

La obediencia a la cual es obligada la mujer describe la conducta de un ser quien acepta en silencio la opresión, el abuso, el sufrimiento, cuya esencia en palabras de Pierre Bourdieu (2000)³⁷⁰ es un acto de violencia simbólica, donde la relación social arbitraria en la cual está sujeta obtiene esa característica distintiva de fuerte, porque se tolera que unos se opongan ineludiblemente sobre otros. La lógica de la dominación es un principio impuesto por la tradición, por la cultura,

por la acomodación histórica de los roles sociales en función de los sexos, y nunca debe cuestionarse por nadie y menos por las personas subordinadas como las féminas.

Para Mónica Calderone (2004) la violencia simbólica cuenta para sobrevivir con la anuencia de los agentes sociales involucrados, tanto los opresores como los oprimidos, donde no se debe cuestionar ese orden “natural” de los papeles adquiridos por nacimiento, no por elementos socioculturales. De este modo, las acciones intersubjetivas se debe acomodar, o trabar, por fuerza del violento establecimiento de un hábito, con el cual se podrá adquirir esa coerción mediante la práctica del auto-sometimiento.

Es un hecho que la naturaleza humana no depende exclusivamente de lo biológico, sino que su construcción se determina por aspectos socioculturales, los cuales de acuerdo con una tradición filosófica es la naturaleza que conforma (*natura naturans*), diciéndonos cómo ser y actuar, pero también tenemos una indicación (*natura naturata*) moldeada por los sistemas simbólicos, por la fuerza del imaginario expone Vázquez Medel (2004)³⁷¹. En el estilo de vida de una pareja es común que el hombre y la mujer guarden una manera particular de hablar, de razonar y de comportarse en función de su género.

En “Ciclo” aparece la violencia de género, entendida como «cualquier acto o

³⁷⁰BOURDIEU, Pierre: *La dominación masculina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2000.

³⁷¹ CONTRERAS, Fernando R./ Francisco Sierra (coords.): *Culturas en guerra. Medios de información y violencia simbólica*, Madrid, Cátedra, 2004.

intención que origina daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a las mujeres»³⁷²; en el cuento está por partida doble (madre e hija). La esposa sufre de maltrato psicológico y simbólico –es toda agresión que se sufre sin evidencia física y/o material– por parte de su marido, quien la hace sentir desvalorada:

Margarita, se te parece hasta en el nombre: será como si fueras tú. No le hará daño. Le enseñará a sentir bonito, como te enseñó a ti. Será como si fueras tú, tú de nuevo joven, llamándolo con su cuerpo livianito. Sólo necesitas irte, darle tiempo...³⁷³.

Al desprecio que la narradora del cuento sufre, se suma la violación de la hija, una niña de doce años, inocente e ingenua ante las acciones amoroso-sexuales de las cuales tendrá que formar parte sin tener decisión de tales actos. La humillación y la intimidación de la madre son poca cosa ante aquello que la niña está a punto de vivir. La impotencia y el desánimo hacen que la narradora exprese desde el inicio de la historia:

No es fácil... Es luchar y vencerte; correr tu angustia por calles interminables, detenerte,

³⁷² UNITED NATIONS GENERAL ASSEMBLY: "Declaration on the elimination of violence against women", in *Proceedings of the 85th Plenary Meeting*. Geneva, December 20th, 1993.

³⁷³ NAVAGÓMEZ, Queta: "Ciclo", en QUEZADA CAMBEROS, Silvia y Dalia Peña Trujillo (Compiladoras), en *Narrar a dos Voces. Cuentos panameños y mexicanos*. Guadalajara, México, sin publicar en Editorial. Material de carácter puramente didáctico para la materia Metodología de la Investigación Literaria, calendario 2014 A y B. Licenciatura en Letras Hispánicas, Universidad de Guadalajara, 2014, p. 40.

retroceder, llorar. Te sientes extraña entre la gente que pasa. ¿A dónde vas?; a ninguna parte; sólo buscas dar tiempo a que las cosas sucedan y las aceptes como algo irremediable³⁷⁴.

La actitud de la mujer de aceptación al destino ya manifestado por un ser superior, los hombres tanto los de su pasado histórico-cultural, y su vulnerabilidad a los caprichos del marido, revelan la violencia simbólica como esa acción poderosa que ejerce en los individuos una ceguera irracional, tanto en ellas como en ellos en menor cantidad, e incluso los inmoviliza para cualquier tarea; resulta tal su ímpetu, entrañable, complejo y rizomático –no tiene una configuración lógica su actuar– que las expresiones de la violencia física son menores siempre a la simbólica.

La focalización del argumento está centrada en la madre de la niña abusada, quien atraviesa por un periodo de violencia simbólica que la hace caer en una coerción en cada uno de los campos sociales donde se desenvuelve principalmente el familiar, pues sabe que el adulto violador tiene una condición de ventaja, cuántos años le lleva a la víctima y que esta última será incapaz de defenderse debido al pánico de sentirse inferior a padre.

Dicha coerción se da porque a los agentes sociales (marido y esposa) «las prácticas estipuladas les representa un "valer la pena"»³⁷⁵, es decir, les resultan

³⁷⁴ *Ibidem*, p. 39.

³⁷⁵ CALDERONE, Mónica: "Sobre Violencia Simbólica en Pierre Bourdieu", en *La Trama de la Comunicación*, Vol. 9, Argentina, Anuario del

conveniente porque satisfacen sus deseos y/o miedos, para ella no se marchará el marido a tener sexo con otras mujeres, a él le representa tener dos mujeres sexualmente hablando en la misma casa, sin coste y sin pérdida de tiempo, una jovencita e inocente y otra experimentada y obediente quienes le cumplirá sus ambiciones; a este escenario de intenciones, gustos e intereses, Pierre Bourdieu (2002) los conceptualiza como el elemento *Illusio*, término referente a la inversión de utilidades de los agentes involucrados en determinadas acciones por penetrar a un campo sociocultural de conveniencia, ya sea del saber, la política, el deporte, la cultura, la familiar y/o el sexo.

La violencia y la persuasión formarán una fusión indisoluble en el cuento de la narradora mexicana. El acto libidinoso por parte del padre hará que la niña entre en pánico al saberse atrapada en la casa – sitio de supuesto de confort y protección–, sin la compañía habitual de su madre, quien doliente la supondrá:

atrapada en la casa. Ella con ojos desorbitados untándose a las paredes como si éstas pudieran absorberla. Ella corriendo hacia la puerta cerrada con llave. Ella protegiéndose detrás de las sillas, tras de la mesa; huyendo de los pasos calmosos que la siguen, de las manos que la sueltan, concediéndole otro minuto, porque no hay prisa; tampoco escapatoria. Imaginas que grita tu

nombre, que te pide ayuda, ¡y tú tan lejos!³⁷⁶.

El padre seguirá el ritual de cazador que atemoriza a su presa para poseerla y tragarla, con movimientos y desplazamientos intimidatorios que provocarán la huida de la inocente, quien a los doce años pierde ya el control de su propia persona, de su cuerpo y de sus pensamientos; estos actos de sometimiento sugieren una lucha simbólica por el poder, un ataque del más fuerte sobre el débil, pero lo que está debajo resulta ser la pugna de los deseos carnales, del placer de la autoridad, de tener un honor, un «prestigio que otorga subyugar a los otros»³⁷⁷, a la mujer ingenua y no beligerante y a la hija inexperta y cándida.

El núcleo familiar se rompe con este evento. El hombre persiste en su papel de proveedor, porque promete comprar vestidos que hagan lucir bella y radiante a la más joven –su propia hija–, irán juntos los tres al cine, los adultos fingirán que todo se desarrolla dentro de la normalidad. La niña no sabrá de aquellas conductas inadecuadas, pues las:

*Rules of conduct impinge upon the individual in two general ways: directly, as obligations, establishing how he is morally constrained to conduct himself; indirectly, as expectations, establishing how others are morally bound to act in regard to him*³⁷⁸.

³⁷⁶ NAVAGÓMEZ, Queta: *op. cit.*, p. 39.

³⁷⁷ PEÑA COLLAZOS, Wilmar: *op. cit.*, p. 70.

³⁷⁸ GOFFMAN, Erving: *Interaction ritual. Essays on face-to-face behavior*, New York, Random House, 1982, p. 49.

La niña-hija no podrá saber a tan temprana edad cuál rol le corresponde, sólo distinguirá que ella nació para obedecer, para desdibujarse en especial ante los hombres. La esposa tendrá al marido por las noches, cual dicta la tradición machista y misógina. Para Ingrid Rosenblueth (1978)³⁷⁹ en la cotidianidad de las mujeres en las sociedades occidentales su mandato primario es cuidar o conducirse bajo el imperio del *deber ser*, donde los roles sociales y genéricos existen por una razón impenetrable y dictada por obra de un ser o tradición superiores, y esa irreflexión de ellas anuncia la soberbia y la indiferencia de los roles socioculturales fijados por los varones.

Este comportamiento recuerda en sus resultados, aunque no de forma estricta, al antiguo derecho de pernada en el cual los señores podían tener relaciones sexuales con sus subordinadas, las doncellas de su feudo, abuso de poder que fue desestimado por la Revolución Francesa (1789) al término del absolutismo, pero que siguió siendo frecuente en las haciendas en países de América Latina hasta los últimos años 1920, tiempo en México de la Revolución (1910-1917), con la cual se promulgó en la Constitución de aquel año la igualdad en trato y en derechos de hombres y mujeres.

³⁷⁹ ROSENBLUETH, Ingrid: *Roles conyugales y redes de relaciones sociales*, México Universidad Iberoamericana (IBERO), 1978.

Las circunstancias de abusos por parte del progenitor representan esa violencia simbólica, de género, de sexo, es decir, constituyen todas las violencias en una – el acto del incesto–, ya que los problemas maritales (golpes, engaños, celos, pleitos, amenazas) se acabarán. Él intimida a su esposa cuando la chantajea: «“Si no quieres que ande con otras viejas, dame a Margarita, verás que con ella me apaciguo”»³⁸⁰. El resultado de ese terror fue la aceptación de las condiciones, con tal de tener un hombre al lado, sobrio y alegre para que “la tratara bien y sin cólera”.

La entrega sexual de la hija encarna esa humillación total a la que una persona-madre puede llegar, ofrecer por miedo y conveniencias la virginidad de la hija núbil a manos del propio padre, quien:

no la va a dañar, [...] la quiere. ¿En brazos de quién estará mejor? O qué... ¿vas a dejar que algún desgraciado se la lleve y la maltrate? Desde hoy te va a tratar bien, como cuando eran recién casados. Andará contento; tú lo vas a tener muy amoroso cada noche. Lo de Margarita se dará cuando no estés, tampoco es irrespetuoso, ni pienses mal³⁸¹.

La narración de Queta Navagómez ejemplifica el pensar en una sociedad androcéntrica mexicana, sin equidad y

³⁸⁰ NAVAGÓMEZ, Queta, *op. cit.*, p. 39.

³⁸¹ *Ibidem*, p. 40.

respeto de género donde las relaciones intersubjetivas están sometidas a la voluntad de unos cuantos hombres sobre el resto de la población, pero lo grave de la descripción es que la mujer-esposa no defiende a su hija, ni a ella misma, porque tiene miedo al desamparo, a verse en una sociedad machista sola sin hombre que vele por ella; coexistirá junto a su hija en dependencia y en completo abuso, serán víctimas del bellaco con su anuencia, a quien reconocen su dominador.

Para Pierre Bourdieu (2010) esta posibilidad de construir un sentido común para el subyugado, y con ello tenga presencia en el mundo doméstico-familiar, se logra por medio del «funcionamiento de las estructuras de dominación, tornándolas no sólo legibles en común, sino naturales, obvias»³⁸². La violencia simbólica que implica la dominación se actualiza cuando se obtiene la «*autoevidencia* del mundo que confirma el sentido común»³⁸³, el cual se contrapone al sentido de la historia y la transformación de ésta a manos de los seres humanos. Cabe concluir el apartado analítico exponiendo que la violencia, en cualquiera de sus denominaciones y alcances, encuentra tierra firme sólo entre quienes acepten las mismas visiones del mundo de aquéllos que ordenan o dan sentido común al grupo de referencia, no se logra en otros contextos.

4.- CONCLUSIONES

³⁸² BOURDIEU, Pierre: *Sobre el poder simbólico, intelectuales, política y poder*. España, Editorial Popular, 2010, p. 34.

³⁸³ CALDERONE, Mónica: *op. cit.*, p. 5.

Los dos cuentos sacuden la atención del lector que reconoce las situaciones adversas, las cuales sobrelleva el hecho de ser mujer dentro de sociedades de corte tradicional y androcéntricas; fenómeno habitual en muchos lugares. En los relatos se cosifican las mujeres, quienes representan la fisonomía de comunidades que funciona con base en “reglas naturales” para su conformación, pero éstas sotieran lenguajes, actos y tradiciones donde los objetivos principales son el deseo carnal, el sometimiento en función del sexo (hombre y/o mujer), la quietud de las costumbres, de la moral religiosa y civil, la constitución de familias partiendo de estilos machistas de organizar los roles de los miembros, cuyo sentido responde a destacar deseos de unos y abusos de otros.

La violencia simbólica en los textos narrativos representa uno de los mayores males a los que se enfrentan las sociedades hispanoamericanas, donde las hembras tienen el papel de derrotadas por el hecho de ser mujeres. La literatura de esta zona de América no desconoce este fenómeno social y lo recrean plumas como Victoria Santa Cruz en Perú, María Luisa Bombal en Chile, Cristina Peri Rossi en Uruguay, Alejandra Pizarnik en Argentina, Julia de Burgos en Puerto Rico, Gioconda Belli en Nicaragua, María Virginia Estenssoro en Bolivia, Yolanda Oreamuno en Costa Rica, Antonia Palacios en Venezuela, Moravia Ochoa López en Panamá y Queta Navagómez en México, entre muchas otras más.

Ellas asumen la consigna de reconstruir esas interrelaciones culturales,

grupales y sociales de sus países para advertir a quienes leen a los que detentan el monopolio del poder y de la violencia simbólica, auspiciados por instituciones como las escuelas, familias androcéntricas, Iglesias y el propio Estado. Desean con sus narraciones que esto pueda cambiar, se advierta la forma de fortalecer las conciencias de otras mujeres, las voluntades, ideologías, creencias y, sobre todo, las maneras de auto-concebirse por parte de las más débiles. A ellas no les importó la crítica masculina por sus escritos contestatarios, donde tuvieron actitudes rebeldes, tanto explícita como implícitamente, probando que las sociedades funcionan con la inclusión y participación de todos.

Narran acerca de la pubertad, la cual es la etapa temprana de esa adolescencia que exige desarrollo sin violencias de ningún tipo –en su doble acepción (forma y hombre)–. Aunque el cuerpo madura sus órganos genitales, los cambios psicosociales de las mujeres no son muchos. Una joven de doce años actúa como una niña, una madura violentada opera como una minusválida. La agresión sexual por parte del propio padre hacia las hijas es impensable, pero común en sociedades machistas. El código penal tipifica como *violación* ese acto, desconociendo el término *incesto* que pertenece al discurso moral más que al penitenciario.

Las cuentistas Moravia Ochoa López y Queta Navagómez abordaron esos problemas relacionados con la violencia simbólica desde la cuentística, en claros tonos de denuncia. Una lectura analítica permitirá observar el tratamiento de las personajes, caracterizadas en sus acciones

como mujeres doblegadas por la violencia paterna y de género, sometidas a sus deseos y abusos sexuales, quedando para siempre marcadas por el incesto paternal. El silencio de dichas mujeres, esposa abnegada e hijas violentadas, describe la conducta del ser subyugado que acepta en silencio la dominación que sufre, formando parte de uno de los actos de violencia más difíciles de combatir, el cual tiene secuencias perennes, por lo cual aceptan su rol (Bourdieu, 2007)³⁸⁴, su lugar y su manera de interpretar sus mundos desde una mirada androcéntrica.

Por tanto, los dos textos hispanoamericanos rescatan una temática social de abuso, en sus diferentes etapas, inmersa en una marcada oposición entre lo masculino y lo femenino, donde los papeles sexuales resultan fijados y cualquier transgresión es sancionada. Las relaciones de poder no permite conocer otras formas sucesivas de cambio para ellas, la evolución y las variadas prácticas de la sexualidad, el erotismo, el amor y el sexo en las diferentes sociedades de México y Panamá abordan el punto de vista del género femenino para comprender las relaciones entre hombres y mujeres; factores determinantes en la división de los roles sociales.

³⁸⁴ BOURDIEU, Pierre y Jean Claude-Passeron: *op. cit.*